

## **Del azar a la voluntad**

**Carmelo Romero Salvador**

Universidad de Zaragoza

**L**a abundancia de información nos incrementa posibilidades de análisis, pero también nos dificulta la síntesis. Y ello no solo cuando se trata de las temáticas que vamos fijándonos como objeto de estudio, sino también en lo que hace relación a las personas concretas. Cuando uno ha convivido mucho tiempo con una persona y en muy distintas circunstancias tiene la sensación, a la hora de escribir algo sobre él, de que nada de lo que diga tendrá no ya un valor comparable, sino ni siquiera mínimamente aproximado, a la vivido y sentido. Esto es lo que a mí me sucede ahora con Carlos Forcadell.

En mi descargo interior, es decir en mi propio consuelo, está el saber que otros compañeros y amigos han desarrollado, con manifiestas y afortunadas coincidencias de criterio, los grandes rasgos de su trayectoria profesional académica y de sus compromisos y logros cívicos, políticos e institucionales.

El «azar weberiano», al que gusta aludir Carlos, nos llevó a conocernos relativamente pronto, pero ya pasada en ambos casos –nos separan cronológicamente cuatro años– la juventud más joven. Se iniciaban los años ochenta y era yo profesor del Colegio Universitario de Soria adscrito por aquel entonces a la Universidad de Zaragoza. Aunque me había formado en su Facultad de Letras mi contacto con ella y con el Departamento de Historia Contemporánea era, siempre lo había sido –quizás, sobre todo, por mi propio natural– muy escaso. En esos años de principios de los ochenta en el Departamento habían comenzado a cambiar muchas cosas, porque estaban cambiando las personas. Mi contacto, no obstante, se limitaba en la práctica, por aquel entonces, a acompañar un día de junio o de septiembre a alguno de mis alumnos a la lectura de su Tesis de Licenciatura que yo había dirigido. En el tribunal siempre estuvieron presentes Juan José Carreras, Jesús Longares y Carlos Forcadell. Mas, acabada la lectura de la tesina, vuelta a casa, es decir, a Soria.

Las cosas cambiaron, lógicamente, a partir de obtener la plaza en Zaragoza de profesor titular del Departamento de Historia Contemporánea, en 1986. Desde el primer día mi relación con Carlos fue estrecha no solo en el plano académico sino también en el personal y familiar. En el académico porque –aparte de la anécdota de pasar a ocupar su antiguo despacho– coincidimos en una asignatura a impartir, la Historia Económica, y tal fue nuestra compenetración que «fundimos» los dos grupos, alternándonos en las clases teóricas y multiplicando prácticas en archivos y trabajos. Nunca, ni en aquellos años, ni después, cuando también, y ya de forma

permanente, compartimos la asignatura de Historia de España del siglo XIX y el primer tercio del XX –él, como buen madrugador, en el grupo de la mañana, y yo, como impenitente trasnochador, en el de la tarde-noche– hubo el más mínimo roce, sino todo lo contrario, conjuntando programa, bibliografía, etc., y supliéndonos, en las escasísimas veces que alguno de nosotros faltaba, en la impartición de clases al otro grupo.

Imposible, por otra parte, contar las ocasiones en las que hemos coincidido en tribunales de Tesis de Licenciatura o de Tesis Doctorales, e imposible asimismo hacerme una idea del número de páginas que, bien directamente tuyas, o bien de alumnos a quienes había dirigido sus investigaciones, llevo leídas.

Pero este trato, este estrechísimo y continuado contacto, no se redujo solo, desde el principio, a lo académico, sino que se amplió a lo familiar y humano. Viviendo durante dos años yo solo en Zaragoza –mi mujer y mis dos hijas quedaron en Soria–, al menos una vez por semana cenaba en su casa ante la cariñosa insistencia de su mujer, Papi (Pilar Aznar Plana), y el gusto de sus, entonces, dos pequeños hijos, Diego y Lucía. Relación esta que se estrechó aún más tras la llegada a Zaragoza, dos años después como decía, de mi mujer y de mis hijas. ¿Cuántas meriendas, cuántas conversaciones en su casa y en la mía, y cuántos viajes, y a tantos sitios, juntos?

¿Se entiende ahora por qué el exceso de información, en este caso el exceso de agolpamiento de recuerdos, más que dificultar imposibilita una síntesis?

En todo caso, y puesto en una tesitura que no me es cómoda porque el papel y la escritura siempre son intermediarios que velan los matices y los afectos, pienso que ni al Carlos persona, ni por tanto al historiador, se puede entender en plenitud sin tener en cuenta los que pa-



Con Carmelo Romero en el despacho de Juan José Carreras –al fondo–, a comienzos de los años noventa.



Con Carmelo Romero e Ignacio Peiró, en VI Congreso de Historia Local. Rubielos de Mora, 2011.

ra mí han sido, aparte de sus padres, Pilar y Teodoro –con quienes tan buenos ratos pasé–, sus dos grandes soportes: Juan José Carreras Ares y Pilar Aznar Plana.

Juan José Carreras fue su maestro. A veces, las palabras, a base de utilizarlas en demasía, pierden su sentido originario y profundo. No quisiera que fuese este el caso de Juan José con respecto a Carlos, porque ciertamente fue su Maestro en el más pleno sentido del término. Desde luego en lo intelectual, pero también en lo humano. Tanto a Carlos como a Juan José los he tratado mucho, mucho. Desde luego, lo suficiente para afirmar, con tanta rotundidad como imposibilidad de error, la absoluta compenetración de ambos, el mutuo respeto intelectual –que en Carlos era además devoción– y el profundo y permanente afecto humano.

Juan José valoraba, y muy mucho, en el plano académico e intelectual la finura intelectual; la apertura analítica y crítica, partiendo de los clásicos, a toda corriente innovadora; el esfuerzo; el trabajo y la preocupación y el interés por los alumnos. Y en el plano humano la discreción y la fidelidad a la amistad. Todo ello lo encontró en Carlos Forcadell, su primer y más estrecho discípulo.

Por su parte, Carlos encontró en Juan José su gran referente intelectual y en gran medida humano. Cualquier cuestión fundamental nunca dejó de plantearsele, en primer lugar, a Juan José. Le bastaba en muchos casos un solo gesto suyo para saber qué es lo que le había parecido o qué era lo que pensaba y, desde luego, siempre le fue la máxima autoridad, no porque hubiera sido un día su Maestro sino porque lo seguía reconociendo como tal y deseaba que lo siguiera siendo.



Compañeros del Departamento en el sesenta cumpleaños de Carlos Forcadell, en primer término de dcha. a izda., con Julián Casanova, Carmelo Romero, Pedro Rújula, Ángela Cenarro, Inma Buj, Ignacio Peiró, Miguel Ángel Ruiz, Juan José Carreras, Alberto Sabio. Zaragoza, 2006.

Si la muerte de Juan José, en plena lucidez de pensamiento, fue para muchos de nosotros, intelectual y humanamente, una enorme, terrible, pérdida, para Carlos Forcadell tanto, al menos, como para el que más.

El otro soporte, y referente en planos diferentes, fue Papi, Pilar Aznar Plana, su mujer. Quizás sea porque los conocí, como ya he dicho, una vez casados, pero lo cierto es que no puedo tratar de recomponerme a Carlos durante estos casi cuarenta años prescindiendo de Papi. No era su prolongación, desde luego, sino algo mucho más enriquecedor, su complemento de carencias o, cuando menos, de debilidades. Papi era la expansión y la alegría; el horizonte abierto que antes que las nubes que amenazan borrasca prefería ver el viento que se las lleva; la naturaleza –sus campos de Terreu– siempre abierta a recibir semillas positivas, afanes de esperanza y de futuro.

El Carlos de natural inquieto debe mucha de su serenidad a la serenidad de Papi; y el Carlos de natural retraído debe mucho para la apertura de ese caparazón de timidez a la sociable espontaneidad de Papi.

Ciertamente, y como se habrá colegido, pienso que Carlos Forcadell, no solo como persona sino también como historiador y hombre público, hubiera sido bastante menos, en casi todos los sentidos, sin Papi y sin Juan José. Asimismo también los dos, estoy convencido por muchas vivencias conjuntas, hubieran sido menos sin Carlos.

Ni que decir tiene que cada uno de nosotros somos también en gran medida las personas de las que nos rodeamos. El azar nos elimina a muchas de poder conocerlas y nos pone a algunas en el camino, pero luego es la voluntad, la voluntad de cada uno, la que nos lleva a estrechar, o no, afectos, empatías y complicidades. Pienso, pasados los años, que el azar fue generoso conmigo al ponerme entre los senderos de Carlos y del mundo humano que le rodeaba.